

Libertad de expresión...

TAMBIEN de libertad, aunque paradójico parezca, puede haber psicosis. Más exactamente, psicosis de un atentado, de un "golpe" contra la libertad de expresión.

La había en los pasillos del Macuto Sheraton durante la Asamblea General de la Asociación Interamericana de Radiodifusión, entre los profesionales de la Radio. Existe hoy en las páginas y comentarios que por doquier nos hablan de la "Ley Mordaza". Razones sobran, ciertamente. Las tristes experiencias de una lucha a brazo partido por conseguir de las dictaduras una libertad de expresión es algo que difícilmente pueden olvidar nuestros países sudamericanos. Es un fantasma presente en todos nosotros, pero fantasma que puede revestirse de carne y hueso en cualquier momento.

Conquista a caro precio

No es de hoy esta conquista, sino que se remonta a los ya lejanos días del siglo XVIII. Estampado había quedado el anhelo de toda la humanidad: "La libre comunicación de ideas y opiniones es un derecho humano, el más precioso del hombre; todo ciudadano, por lo tanto, puede hablar, escribir e imprimir libremente." Así rezaba el artículo 11 de la declaración de los derechos del hombre.

Palabras sagradas, impulsadoras y forjadoras de una lucha encarnizada por hacerlas realidad viva en todos los píses. Un único obstáculo se oponía: el poder absolutista que a golpes va cayendo y desmoronándose paulatinamente. Fue aquélla una lucha entre el individuo personal y el Estado por la obtención del precioso derecho. Una lucha en la que la voz del individuo tuvo valor primordial, plasmada bien en las estrofas de una marcha que es reguero de pólvora para incendiar una nación o bien en el panfleto o volante escritos a la tibia luz de una mortecina lámpara.

Los tiempos, reconozcámoslo, han cambiado en éste como en los demás aspectos, por la aparición de la técnica en gran escala. Piezas de museo son hoy las históricas imprentillas de luchas tan heroicas; objetos prehistóricos y anacrónicos al compararlos con las lujosas y magníficas linotipias alineadas a lo largo de una sala cualquiera de impresión de un periódico.

Y con la máquina ha quedado también arrinconado y relegado en un segundo plano el individuo. Un boicot a un mitin se realiza hoy deshaciendo la instalación eléctrica. El mitin, sin el altoparlante, es ridículo, una farsa.

En la difusión de sus ideas, el hombre moderno necesita también de un altoparlante, llámese Prensa, Radio o Televisión. Tiene que contar con el elemento técnico que a su vez exige en gran escala el financiero, y esto desborda al individuo normal.

¿a qué precio?

Ignacio Ibáñez, S. J.

La tirada diaria de un periódico, y mucho más la instalación de uno nuevo, exigen cuantiosas sumas que están al alcance de muy pocos. Gastos enormes que se pueden obviar con ayuda de la publicidad, con la consecuente subordinación y dependencia a los anunciantes por parte del redactor.

Sin embargo, no queda completamente aniquilada y suprimida la posibilidad del individuo. Pululan por doquier el semanario, el boletín, periódico mural y hasta la revista de orientación que sin grandes gastos puede hacer oír su voz. El radio de acción que abarque no será como el de la poderosa campana, pero el constante y persistente tintineo se hará sentir entre los sonidos profundos de las grandes campanas. ¡Cuántas veces sobre el escritorio de un ministro, atiborrado de oficios, periódicos, aparece semiculta y avergonzada la hoja volante que con sus chistes o caricaturas ridiculiza una situación o ambiente! ¡Ningún señor ministro puede despreciar la humilde hoja volante!

Mucho más difícil aparece la situación al tratarse de la Radio y más aún de la Televisión. Influye ante todo el factor técnico de la limitación de canales y, sobre todo, el ingente costo financiero que supone la instalación de estos poderosos medios de expresión, que tan sólo pueden estar en manos de unos pocos.

Consecuencia lógica de estos hechos: la lucha por la conquista de la libertad de expresión no ha concluído; se han trocado los términos. A los entredichos emanados de un poder absolutista han sucedido los emanados de los grupos; no se trata de la conquista de una libertad a caro precio obtenida, sino de la do-

minación, del enseñoreamiento por parte de diversos grupos de estos medios que forman y crean la Opinión Pública.

Frente a frente

Delineado y circunscrito el campo de batalla es necesario pasar revista a los dos combatientes que en feroz lucha se oponen por el señorío de los medios de difusión.

Grupos de interés

En muchas acepciones y bajo diversos aspectos se los estudia. De ellos tomamos no ya la actitud respecto a un determinado gobierno, sino más bien respecto a los medios de expresión con el fin de utilizarlos para controlar la opinión pública.

Un interés ante todo pura y exclusivamente financiero y de negocio inmediato donde se persiga un buen rendimiento al capital; lo mismo que se le podría buscar a través de la instalación de una fábrica de refrescos o cosméticos se le busca por el diario, la radio o la televisión. La frase recogida hace unos días en una tertulia es por demás reveladora. Al mencionarse la pronta aparición de un nuevo canal de televisión brota el comentario: "Así se debe ganar con la televisión."

Objetivo primordial e inmediato es la obtención de ganancias, por lo que hay que buscar y halagar el gusto del público. Surgen las noticias escandalosas, figuras llamativas, programas de largo alcance popular. "Es lo que gusta al público"; nada en contra tendríamos si la idea que se tuviera del gusto del público fuera elevada y noble; lo malo, que de ordinario se está muy lejos de tener tal idea.

En íntima relación y unión con este grupo de interés financiero se encuentra el que sobre el objetivo estrictamente financiero inmediato persigue un objetivo económico a un plazo más largo. No interesa la venta más o menos gananciosa de un espacio radial o un aviso de periódico, cuanto la creación de un clima, un ambiente propicio para la ulterior venta de productos determinados. Se escoge, por ejemplo, el campo agrícola y se trata de fomentar un clima favorable al trabajo campesino para que todos aquellos productos sean fácilmente vendidos; de la misma forma se puede tratar de artículos de lujo, bebidas, cigarrillos, etc. Y lo que se dice de un producto se puede aplicar a las ideas e ideologías. No se busca ya la explotación inmediata del periódico, radio o televisión, sino del señorío de estos medios para influir en la opinión pública.

Estado

El único que con sus medios no menos poderosos puede enfrentarse y oponer eficaz resistencia a estos grupos económicos. Estado, no ya la entidad abstracta objeto de disquisiciones por parte de juristas y filósofos, sino la realidad concreta integrada y formada por hombres de carne y hueso con sus limitaciones y cualidades. Hombres que han llegado al colofón gubernamental tras haber militado en las filas de un partido o incluso haber engrosado los cuadros de los diversos grupos. Y el solo hecho de atravesar el sagrado

recinto del umbral gubernamental no los inmuniza contra las limitaciones humanas de todo hombre. Difícil abandonar en esa entrada sus preocupaciones e intereses particulares de grupo o partido. Influirán éstos en sus decisiones consciente o inconscientemente. Si esto sucediera sabiendo que la mejor fórmula en favor de su partido sería el servir desinteresadamente a la colectividad, nos encontraríamos en el mejor de los casos, pero no siempre el porvenir un tanto lejano priva sobre lo positivo y concreto del momento.

El Estado, por otra parte, es el poder, y el poder, la triste experiencia nos lo enseña, es algo que se apega más de la cuenta. Mil casos tenemos donde el hombre se llegó hasta él impulsado por el sincero amor al bien común; pero, una vez asentado en la mesa, cuesta abandonarla cuando es hora de ello. De sincero servidor del pueblo se ha trocado en un dictador, agrandándose a medida que en el señor vienen a confundirse fuerzas o motivaciones religiosas.

Y una de las fórmulas concretas de este poder lo forman los medios de difusión. El hecho de cada día, cuando tras la revolución los insurrectos se apoderan de Radio y Televisión, es el ejemplo más convincente.

Aunque no sea sino por simple referencia, no se puede olvidar en esta enumeración de fuerzas que luchan por el señorío, o al menos usufructo de estos medios, a los grupos caracterizados sobre todo por sus ideologías, entre los que cabe destacar a los partidos políticos y a las Iglesias.

Bajo el signo político nació la prensa en su lucha por la conquista de la libertad de expresión. Más tarde fue decayendo su poder, abandonando la bandera del señorío en manos de los grupos económicos. No pueden los partidos competir hoy en día con los grupos detentores de los medios financieros.

Para ver el interés de la Iglesia misma en este sentido basta el Decreto emanado en fecha reciente del Concilio Vaticano II recordando el derecho no ideal, sino real y objetivo, que la Iglesia, por su misión, tiene de poseer medios apropiados para la difusión y extensión de su mensaje de verdad.

Drástica solución

Ante esta situación crítica y trascendental, nadie, mucho menos el Gobierno, puede permanecer inactivo sin tratar de buscarle una solución a este dilema al parecer ineludible o Estado o grupos financieros.

Dos ideologías diametralmente opuestas en sus principios y, por lo tanto, en sus efectos nos ofrecen la doble vía de solución.

Lenin primero, Stalin más tarde, habían de criticar ásperamente la libertad de expresión occidental por utópica e irrealizable. En su opinión, estos medios de difusión se encuentran en manos de unos pocos que tiránicamente le imponen sus puntos de vista a la colectividad. ¿Cuál es la libertad de un huelguista americano?, dirán sarcásticamente. Por eso no existe para ellos otra solución sino que sea el Estado defensor del bien común, quien de forma paternalística la salvaguarda para el bien de todos y no de unos pocos solamente. El Estado socialista posee la verdad, una doctrina segura y completa necesaria para la redención del mundo; está, pues, en la obligación de hacerla respetar por todos sus medios, de hacerla conocer a todas las personas.

Los grupos particulares pierden de esta forma toda autonomía. ¡Fácil manera de solucionar el problema eliminando uno de los factores de controversia! De libertad intelectual, por supuesto, no se puede hablar. Los órganos del partido controlan toda la doctrina que los medios de difusión han de exponer. Y ejemplo constante la crisis de los intelectuales rusos al querer independizarse de este monopolio ideológico. El autor del "Dr. Jivago" es un ejemplo de esta realidad.

Sin embargo, no todo es despreciable dentro de la teoría. Hay en ella un elemento parcial que no debemos olvidar. La función del Estado dentro de la coordinación y organización de los medios de difusión. Un papel que por supuesto no ha de ser totalitario y monopolizante como en estos países socialistas, sino parcial y relativo. Todos los países, aun los más liberales, mantienen ciertos puntos en los que la intervención del Estado aparece necesaria. De quitar al Estado toda forma de acción sería simplemente cambiar de señores, ya que los verdaderos dueños de la comunidad serían las fuerzas anónimas capaces de dictar su comportamiento a los ciudadanos.

Balance negativo, con un cierto aporte positivo el que nos ofrecen las ideologías totalitarias.

Libertad contra libertad

Paradoja de palpante realidad. La libertad puede y de hecho se revuelve contra sí misma. De todos es conocida la síntesis de la ideología liberal en su doble vertiente económica e intelectual. Por la primera se auspicia la libertad de empresa con el libre juego de concurrencia, mientras que por la segunda se pide la libertad ideológica para la difusión. Idealmente, en la concepción primigenia las dos se encontraban unidas y hermanadas en admirable consorcio. Pero el transcurso de los años ha demostrado cómo la preponderancia de lo económico ha ido envolviendo a lo intelectual e ideológico de una forma solapada. La creación de fuertes trusts económicos ha puesto en manos de unos pocos lo que debía ser patrimonio de todos.

Y nos encontramos ante el paradójico hecho de que, llevada a su extremo, esta libertad se ha vuelto contra sí misma. Ya el individuo no puede expresar libremente sus pensamientos, a menos que se conforme con la ideología del grupo que controla el medio de difusión. De esa forma ya no es el Estado ni el único ni el mayor peligro contra la libertad de expresión, sobre todo en nuestros países con fuerte organización liberal. Son los grupos económicos amparados en la libertad novecentista. Todo, consecuencia de la máxima y absoluta libertad intelectual y económica.

Dentro de este fondo oscuro no se puede con todo menos de percibir algunos claros dignos de destacarse. Como oposición fundamental a los marxistas es de indudable valor la desconfianza mostrada hacia el Estado, engreído fácilmente en su poder y llevado a hacerse padre omnipotente como en mil casos de nuestra historia continental lo hemos palpado.

Y sobre todo nos ofrece, aun dentro del peligro de dictadura económica, un factor de gran valor: la multiplicidad de información. Variedad de campanas significa variedad de sonidos con posibilidad para el oyente de clasificar unos en relación con otros y de ahí escoger los que más le agraden.

Entre la abundante y diversa información el hom-

bre normal puede extraer la información que se ajuste a la verdad de los hechos. Las diversas versiones de un mismo accidente suministradas por testigos de buena fe nos hablan de la imposibilidad de objetividad en la información realizada por una sola persona.

En el centro está la verdad

Como siempre, la verdadera solución habrá que buscarla en un camino intermedio. Recoger las pinceladas de claridad desechando las sombras en este cuadro de claroscuros. Una solución que extraiga de las dos mentalidades lo más importante y verdadero de cada una de ellas.

Sin perder de vista en ningún momento, por el constante peligro, las asechanzas que puedan provenir por parte del Estado con ingerencias que extralimiten su poder, hay que tratar muy en particular de salvaguardar esta libertad de expresión de la dominación y señorío de los grupos económicos. Particularmente, esto adquiere mayor relieve cuando se trata de aquellos medios que por el elevado costo que suponen su fundación y mantenimiento ofrecen un mayor peligro de quedar en manos de unos pocos; me refiero a la Radio y Televisión.

Para obviar y eliminar el doble peligro los países occidentales europeos han optado por crear una nueva entidad independiente del Estado y de los grupos económicos con el fin de contrabalancear y mantener siempre en su fiel la balanza.

Ejemplos típicos son la B.B.C. en Inglaterra, la R.A.I. en Italia y la R.T.F. en Francia.

Hasta la aparición de la I.T.A., la B.B.C. fue monopolio exclusivo en Radio y Televisión, pero un monopolio fuera del alcance de los dos grupos. La "Public Corporation" goza de una libertad estatutaria que les garantiza a las diversas opiniones y fuerzas públicas encontrar en todo momento la más amplia libertad para difundir sus ideas.

La R.A.I. en Italia posee el monopolio de la Radio y Televisión. Monopolio que exige una vigilancia técnica por parte del Ministerio de Comunicaciones. Junto a esta vigilancia exclusivamente técnica se desarrolla otra de importancia capital de orden artístico y moral, efectuada a través de un comité permanente. Lo forman éste representantes de la Presidencia y de los Ministerios, representantes de Asociación de autores, editores, músicos, más representantes de organizaciones de madres de familia. No quedaría completa la vigilancia si no se estableciera otra de tipo político para garantizar la libre exposición de las diversas ideologías. Vigilancia efectuada por parlamentarios de todos los partidos que forman parte del Congreso y Senado.

Esta misma orientación ha tomado la reciente constitución francesa de la R.T.F. del 22 de julio último. Desde esta fecha la R.T.F. deja de depender del Ministerio de Información para ser administrada y dirigida por un Consejo de Administración que puede contar de 14 a 28 miembros. La mitad de ellos han sido puestos por el Gobierno y la otra mitad entresacados de las listas presentadas por todos los organismos interesados en la materia, desde el católico "Vox" hasta el comunista "Tele-Liberté".

Entre los miembros actuales del Consejo tenemos al Presidente, antiguo embajador y académico de la

Lengua; otros dos académicos, un antiguo director de la Biblioteca Nacional, director de la asociación de periodistas, director del Instituto de Investigaciones Radiofónicas y Televisivas. Como se puede observar, desempeñan un papel de primerísima importancia en la administración y dirección de la Radio y Televisión los intelectuales del país. Ellos son los responsables inmediatos.

Al examinar muy sumariamente estas diversas tendencias del mundo actual dentro de los medios de difusión, se observa la preocupación general por eliminar del juego, si no exclusiva, sí en gran parte tanto al Estado como a los grupos económicos. No se quiere decir con esto que debamos aquí copiar todo lo extranjero. El mero hecho de constituir un monopolio contrae una serie de inconvenientes que no son del caso enumerar y que no parece sea lo más aceptable. Sí se debe tender en todo caso a buscar una fórmula en la que de una forma u otra participen de manera activa en la orientación de estos medios las fuerzas intelectuales del país que contrapesen las que ejercen tanto el Estado como los grupos económicos.

Sería el caso de constituir una organización integrada por asociaciones tales como la de Autores Venezolanos, Periodistas, etc., para tratar de velar con sus indicaciones y sugerencias y, llegado el caso, con autoridad, por los aspectos técnicos, artísticos y morales de estos medios de difusión. Poseemos un magnífico Código de Televisión promulgado en agosto último. Ya se han escuchado en la prensa voces de protesta por el incumplimiento de ese Código. Es utópico pensar que su cumplimiento nazca exclusivamente de las diversas empresas que son parte interesada. Una asociación de este tipo sería la más idónea para tratar de lograr este cumplimiento que nos es tan necesario.

Sea cual fuere la fórmula adaptada, existe un elemento que nunca debe perderse de vista: el destinatario de la difusión: el lector, radioyente o televidente. Ni el Estado ni los grupos económicos o intelectuales deben olvidar que todos sus esfuerzos van dirigidos al público y, por lo tanto, éste, como principal interesado, debe hacer escuchar su voz. De alguna forma, ya se le atiende o por medio de los sondeos que tratan de determinar la audición de la Radio y Televisión o a través del correo del pueblo en la prensa. Pero esto resulta algo mínimo si no es ya imperfecto por responder anticipadamente a los intereses y objetivos previstos por determinado grupo.

Por doquier se multiplican las iniciativas en orden a proporcionarle al público una voz. Las asociaciones de radioyentes y televidentes es una prueba de ello. Al azar leemos unos párrafos de la Asociación Italiana de Radioyentes y Televidentes.

La A.I.A.R.T. se propone:

- a) Perfeccionar la preparación técnica, la competencia específica y la sensibilidad de los asociados para obtener la mayor eficacia en las actividades que a continuación se reseñan.
- b) Promover encuestas y referendums sobre los argumentos radiofónicos y televisivos de actualidad y de interés general.
- c) Ejercitar un control continuo y un juicio constante sobre la programación de la Radio y Televisión.

d) Manifestar periódicamente en términos precisos y en comunicaciones ordinarias a los órganos competentes de la Radio y Televisión los resultados de los tres puntos anteriores.

e) Mantener una estrecha colaboración con los órganos competentes de la Radio y Televisión mediante proposiciones de nuevas audiciones y mejoramiento eventual de las ya existentes e información de las legítimas exigencias expresadas por los oyentes.

Asociaciones en las que tendrán puesto de honor los padres de familia, responsables del influjo que la televisión pueda producir en sus hogares. En materia de prensa, aunque incluso pueda existir algo parecido, no se ve por el momento la practicidad de esto. Sí existe en esta materia algo que no puede pasar inadvertido. A raíz del debate entablado en la opinión pública venezolana sobre la propuesta Ley de Prensa, se ha escuchado insistente la necesidad de formarse el gremio profesional de periodistas responsables de sus propios intereses y responsabilidades en un plano ajeno a los mismos órganos de prensa controlados por los grupos.

Fórmula auspiciada y en la que ya se está trabajando con toda seriedad y que debe ofrecer sus frutos a un plazo lo más breve posible.

Al público la palabra

Remedios y soluciones, todas éstas parciales y secundarias. Una queda en pie inmutable, sustancial y completa. El verdadero espíritu del público. ¿Parece una perogrullada? Tal vez lo sea, pero en ella radica sustancialmente la solución del problema.

Puede un pueblo tener magníficas leyes que regulen sus órganos de información; pero si no existe ese espíritu del pueblo, todo inútil. Por el contrario, si él existe, se vencerán a la larga todas las barreras y dificultades que surjan al paso. Ejemplo vivo lo dieron en este sentido los campos de concentración. En ellos se multiplicaban hasta lo indecible las dificultades para obtener cualquier clase de información. Pero el espíritu de los allí reclusos se sobreponía a todas ellas y lograba de formas las más inverosímiles la información exacta de lo que tras las alambradas y fortificaciones estaba sucediendo.

Un país de hombres con auténtico espíritu democrático que busque la exacta información se sobrepondrá a todas las dificultades que se presenten al tiempo que acabe por imponer su gusto y deseos.

Si el espíritu público exige lealtad y veracidad en la información, los órganos informativos se la tendrán que ofrecer. Formación, por lo tanto, de este espíritu público es la primera y urgente necesidad. Que a ella contribuyan de forma notable los mismos órganos, es de todos reconocidos.

Tratemos de suscitar todos ese anhelo por una más exacta información, por una más sana diversión en la que venga involucrada una formación auténtica del espíritu público.

Los problemas de la libertad de información estarán en camino de solución. Nada podrán contra ella, ni las ambiciones del poder público, ni las sutiles tramas de intereses financieros o económicos.

El verdadero espíritu del pueblo sincera y verdaderamente democrático será el vencedor.